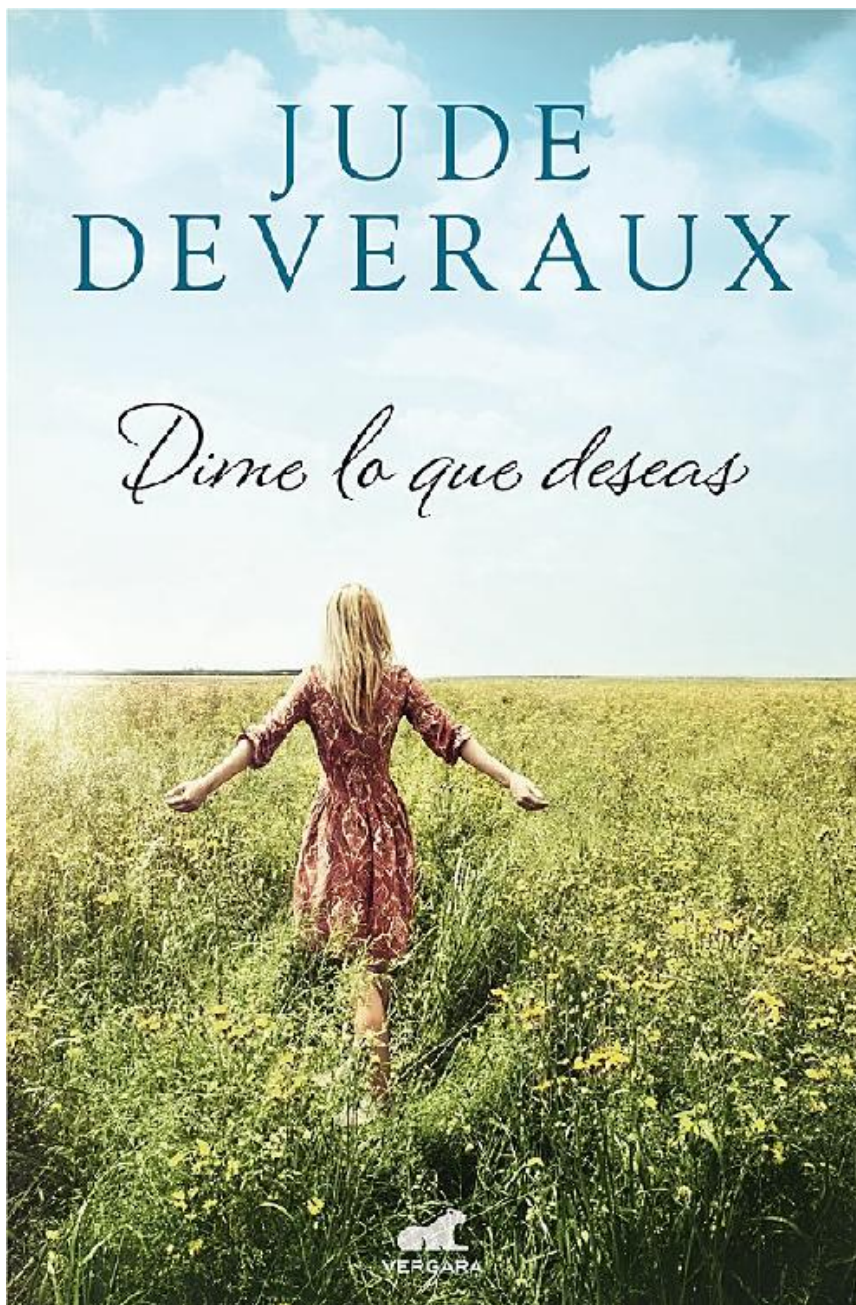


JUDE DEVERAUX

Dime lo que deseas





DIME LO QUE DESEAS

Jude Devereaux

Prólogo

Langley, Virginia. 1970

—Ponte fuerte y bróncéate bien. ¿Crees que el cerebro te alcanzará para hacer las dos cosas?

El hombre era tan alto como Kit, unos centímetros menos de un metro ochenta, pero mucho más corpulento. Kit se preguntó si su propio cuerpo triplicado sería tan ancho como el del oficial que, con sus cortos cabellos negros, parecía un oso de tebeo.

—Sí, señor.

La espalda de Kit estaba tan recta que parecía de acero.

—Y cuando te recojamos en otoño y te bajas los pantalones, no quiero ver tu culo blanco y reluciente. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor, debo tomar el sol desnudo.

En cuanto hubo pronunciado las palabras supo que había cometido un error: el tono era demasiado elitista, demasiado propio de su condición, que, por supuesto, no le permitía ser «uno de los chicos». Su padre no engrasaba coches. Su padre había detenido un par de guerras tribales en Oriente Medio, pero eso no era algo de lo que Kit pu-

diera jactarse.

Cuando el hombretón se inclinó hacia delante, Kit mantuvo el tipo y se obligó a no retroceder.

—Qué ha sido eso, ¿un comentario? ¿Una broma? ¿Te burlas de mí, chico?

—¡No, señor! —contestó, casi gritando.

El sudor le recorría la nuca.

Eran las seis de la mañana y lo habían sacado de una sesión de entrenamiento para llevarlo al despacho de ese hombre, pero no le había importado; tenía diecinueve años y era el más joven de los reclutas —algunos de ellos habían pasado un par de años en Vietnam—, de modo que era el blanco de todas las pullas.

«¿Ya te han destetado, chaval? ¿Ya no llevas pañales?»

«Echas de menos a tu mamá, ¿verdad?»

«Hace unos años tuve un ligue de una noche con una chica llamada Montgomery. ¿Crees que puedo ser tu papá?»

Kit no había dejado de sonreír, pero cada dardo había aumentado su decisión de llevar a cabo una tarea para la cual estaba especialmente dotado.

El hombretón retrocedió un paso.

—Te... bañarás —dijo en tono burlón— como quieras, pero en septiembre quiero que tú y tu narizota tengáis el aspecto de haber vivido en el desierto desde que te parieron. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El hombre retrocedió otro paso y contempló a Kit con mirada desdeñosa. Como todos los miembros de la familia de su padre, Kit era alto y delgado, más parecido a un corredor que ese individuo, que quizás era capaz de levantar coches.

—No sé en qué estarían pensando cuando te eligieron —masculló—, solo eres un crío, y tan flacucho que podrías

pasar por el ojo de una cerradura —añadió, meneando la cabeza—. ¿He de recordarte que nadie, ni siquiera tu famoso padre, debe saber la misión para la que algún idiota te escogió?

—No, señor, no es necesario.

—¿Crees, Montgomery, que podrás reunirte con tu parentela sin contarles el motivo... cómo lo dijiste..., por el que tomas el sol desnudo?

—No estaré con ellos, señor.

Kit no le dirigía la mirada directamente, sino más allá de su hombro.

—Ah, es verdad —dijo el hombre en tono de desprecio—. Eres rico. Por eso tienes muchas casas, ¿verdad?

Kit no sabía si debía contestar o guardar silencio. Llevaba días pensando que no le convenía pasar el verano con su familia antes de embarcar: eran demasiado intuitivos y curiosos. Sabrían que tramaba algo y harían lo que fuera para averiguar de qué se trataba. Y como los conocía bien, sabía que eran muy capaces de impedir que llevara a cabo su propósito.

Nadie debía saber que se entrenaba para una misión secreta en Libia. Un joven llamado Muamar al Gadafi acababa de hacerse con el control del país y Kit debía averiguar qué planes tenía. Gracias a la carrera diplomática de su padre, Kit dominaba el árabe y sus dialectos: los conocía todos, desde el clásico, pasando por el libanés —que era medio francés—, hasta el árabe gutural que hablaban los saudíes.

Por otra parte, Kit había heredado la nariz aguileña de la familia de su padre y los ojos oscuros del linaje italiano de su madre. Moreno y vistiendo las ropas idóneas, podría sentarse en un *souk* y fumar en pipa de agua sin llamar la atención.

Meses atrás, un amigo de su padre, un antiguo embajador estadounidense en Siria, había pasado una semana en

la casa de su padre en El Cairo. Kit había notado que el hombre lo observaba mientras él jugaba al fútbol con los egipcios, comía *shawarma* comprado a un vendedor callejero y discutía acaloradamente con un taxista árabe. Justo antes de partir, el embajador pidió hablar con Kit en privado y empezó por preguntarle si quería ayudar a su país. Esta cuestión fue un dramático preámbulo que apeló al profundo patriotismo de Kit y, sin dudar ni un instante, el muchacho aceptó.

No resultó fácil mentir a su familia y decirles que quería dejar la universidad durante un año para viajar por el mundo. El único que pareció adivinar la verdad fue su padre. Lo miró fijamente unos momentos y luego dijo:

—¿Qué podemos hacer para ayudarte a preparar este... este viaje?

—Sácame de aquí —contestó Kit sin reflexionar, pero su padre asintió con aire comprensivo.

Dos días después, Kit recibió una invitación para pasar el verano en Tattwell, una vieja plantación que pertenecía a unos parientes de su madre, los Tattington.

Cuando Kit guardó silencio tras la pregunta de su superior, el hombre agitó la mano.

—Vale, puedes irte. Solo recuerda que yo estaré entre los que vengan a recogerte, así que más te vale estar en forma y bien bronceado para entonces. ¡Y ahora largo!

Kit llegó a Summer Hill, Virginia, esa misma noche y al día siguiente miró a los ojos a la mujer que amaría durante el resto de su vida. Pero la señorita Olivia Paget no compartía estos sentimientos. De hecho, su corazón iba exactamente en sentido opuesto. Y, como si su vida dependiera de ello, Kit se empeñó en conseguir que cambiara de parecer.

1

Summer Hill, Virginia. En la actualidad

«Arrepentimiento», pensó Olivia mirando en torno al pequeño restaurante. En un programa de entrevistas de la tele que había visto esa mañana, la joven y perfecta entrevistadora de cabellos de brillo poco natural preguntó a un viejo actor si había algo de lo cual se arrepentía en su larga carrera en el mundo del espectáculo.

El hombre dijo que no, desde luego. Que su vida había sido estupenda y que no cambiaría nada. ¿Acaso podía decir otra cosa? ¿Que se arrepentía de haberse casado con su segunda mujer, que lo despojó de todo lo que había conseguido en cuarenta años de carrera en el cine? ¿Que ojalá no hubiera aceptado actuar en las tres películas de terror realmente malas cuando estaba sin un céntimo? ¿Y los doce años que pasó entregado a las drogas y el alcohol? Pero entonces los críticos afirmaron que actuaba mejor cuando estaba borracho. Tras la rehabilitación se volvió serio y aburrido, y un coprotagonista dijo que el bourbon parecía ser la gasolina que alimentaba su dicha.

Pero el actor dijo que no se arrepentía de nada. «¡Brinda-

ré por eso!», pensó Olivia.

¿Qué habría dicho Olivia si esa entrevistadora, enfundada en un vestido más ceñido que la piel de una serpiente, le hubiese preguntado de qué se arrepentía en su vida?

«Del sexo —habría contestado—. Me perdí esos años preciosos del sexo joven. Empotrada contra una pared, follando en el asiento delantero de un coche con la palanca de cambios clavada en la espalda, el sudor goteando de la nariz de ambos, el amanecer tras haber disfrutado toda la noche y al día siguiente estar tan dolorida que apenas puedes dar un paso. Me arrepiento de haberme perdido eso. ¡Un verano no fue suficiente!»

Se imaginó la cara que pondría la entrevistadora, con su congelado maquillaje de alta definición que le daba una apariencia como de plástico. ¿Se mostraría severa y diría: «Eso no es lo que se supone que debes contestar.»? ¿El canal borraría lo que Olivia había dicho? ¿Quizá Robin Williams sonreiría desde el cielo y diría: «Así se hace, muchacha.»?

Para Olivia, uno de los grandes misterios de la vida era el motivo por el cual los jóvenes creían que las necesidades, las ideas, los deseos sexuales —todos y cada uno de estos— desaparecían con la edad. ¿En qué momento una persona dejaba de ser «sexy» y pasaba a ser «mona»? «Son una pareja tan mona...» Eso era lo que los chicos decían automáticamente sobre las personas mayores de... Olivia no estaba segura de cuándo. ¿Y a qué edad se suponía que uno debía olvidar que una vez mantuvo relaciones sexuales? Olvida esos días que pasaste desnuda junto al estanque. El aroma de la hierba aplastada bajo tu cuerpo, el agua tan tibia cubriendo tu piel y él, lamiendo las gotas. Si alguien de más de cincuenta años hacía un comentario sexual, los chicos se espantaban. ¿A qué edad una volvía a ser virgen?

—Hola.

Ella alzó la vista y vio a un joven alto y fornido —al menos a ella le parecía joven— de unos treinta años, tal vez algunos más. Era bastante apuesto y su mirada poseía una suerte de energía feroz que, en opinión de Olivia, sin duda le permitía obtener lo que quisiera. La camisa y los pantalones que llevaba parecían informales, pero ella se dio cuenta de que estaban hechos a medida. Sin embargo, su aspecto desenvuelto parecía artificial, como si fuera un actor interpretando un papel.

—¿Es usted la señora Montgomery? —preguntó el recién llegado.

Hablaba en el tono de un locutor, sin deje alguno, pero ella hubiese apostado que era algo aprendido.

—Sí. ¿Y usted viene de parte de la doctora Hightower?

—Sí. ¿Me permite? —preguntó amablemente y aguardó a que Olivia le indicara que podía tomar asiento en la silla frente a ella. Se sentó y luego llamó a la camarera. Tal como Olivia supuso, la empleada no tardó nada, y cuando él pidió un café observó complacida que su interlocutor no se quedaba mirando a la joven y bonita camarera—. Jeanne, la doctora Hightower, dijo que usted nos llevaría hasta la casa.

—Sí, pero hemos de esperar a Elise, la otra inquilina. Me envió un mensaje de texto y dijo que llegaría dentro de unos minutos.

Cuando la camarera le sirvió el café, también depositó un plato de pequeñas galletas de limón en la mesa

—Invita la casa. Para... —dijo, echando un vistazo a Olivia— los dos.

Olivia conocía a la madre de la muchacha y solo tuvo que parpadear para que se marchara. Cuando volvió a dirigir la mirada al hombre se preguntó si realmente no era consciente de la atención que le prestaba la camarera.

—Supongo que Jeanne le dijo que soy Ray Hanran.

—Solo me dijo sus nombres, pero supuse que usted y Elise eran amigos.

—No —dijo él—. No conozco a mi nueva compañera de piso. Se suponía que una mujer mayor había de instalarse con nosotros, pero al final desistió.

Olivia no pudo evitar fruncir el ceño.

—Sé que la otra inquilina es bastante joven.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea. Ya sabe cómo es Jeanne: no cuenta casi nada.

—La verdad es que no la conozco. Quien me pidió que los acompañara a la finca de Camden Hall fue Kit, mi marido.

—¿Finca? Eso suena más grande de lo que creía.

—La casa de verano de Jeanne es uno de los cuatro edificios más pequeños situados en lo que antes era una propiedad bastante imponente. —A Olivia le preocupaba el arreglo—. Elise, la joven, ¿sabe que pasará el fin de semana con un desconocido? —dijo, echando un vistazo elocuente a la alianza que el hombre llevaba en la mano izquierda.

A juzgar por su sonrisa, el tipo sabía qué estaba pensando ella.

—No sé qué le habrán dicho. Yo no organicé esto. Jeanne tardó semanas en convencerme de que debía hacer una pausa en el trabajo e instalarme en una pequeña cabaña en el bosque —dijo, abriendo los ojos—. ¿Cree que esto es como un servicio de contactos? No es así, ¿verdad? La idea no será juntarme con alguna solitaria paciente de Jeanne...

Se inclinó hacia atrás y Olivia temió que se dispusiera a marcharse... Eso decepcionaría mucho a Kit.

—La verdad es que no sé nada —se apresuró a decir—. Mi marido tuvo que ir a Washington y me mandó un correo electrónico diciendo que una psicóloga, la doctora Jeanne Hightower, enviaba a dos de sus pacientes para pasar un

largo fin de semana. Me pidió que me reuniera con ustedes dos en este restaurante y los acompañara hasta allí. No resulta fácil de encontrar.

Ray frunció el ceño.

—No entiendo nada. Tengo... —bebió un sorbo de café y pareció considerar si hacerle una confidencia—. Mi matrimonio está en horas bajas y me recomendaron a Jeanne. Hace semanas que voy a verla, pero no he avanzado, aún soy incapaz de tomar una decisión. Cuando ya me planteaba abandonar la terapia, Jeanne empezó a insistir en que viniera a Virginia para pasar unos días en su casa de verano. Finalmente cedí y aquí estoy.

De pronto parecía absolutamente aterrado.

—Esto no será uno de esos lugares de retiro, ¿verdad? Donde se supone que debo llevar una túnica blanca y hablar de mis... mis sentimientos.

Al oír su tono temeroso Olivia no pudo evitar una carcajada.

—No, nada de eso. Se trata de una bonita casa de tres habitaciones y tres baños, y ha estado vacía durante años. Yo ni siquiera sabía que la habían vendido. He vivido en Summer Hill toda mi vida, pero solo he estado en la propiedad de Camden Hall una vez, y eso fue hace mucho tiempo. Pero ahora que vivo allí...

—¿Vive allí y solo la ha visto una vez?

A Olivia no le gustaba hablar de su vida personal, pero sabía que debía hacer algo para evitar que el hombre se marchara. En un tono más sosegado, el que a menudo utilizaba para dirigirse a los desconocidos, explicó:

—Verá, es que acabo de contraer matrimonio. —Esperó su expresión atónita; los jóvenes parecían creer que las mujeres mayores nacían ya casadas. En efecto, él pareció sorprendido, pero se recuperó con rapidez—. Cuando nos casamos, mi marido me dio la escritura de una casa en la fin-

ca Camden. Él y yo estábamos juntos hace años, la primera vez que vimos la vieja Casa del Río en la propiedad, de modo que él sabía cuánto me gustaba ese sitio.

Hizo una pausa y recordó ese caluroso día, cuando ambos estaban desnudos: cuerpos jóvenes y fuertes brillando bajo el sol. Volvió a mirar a Ray.

—Mi marido me compró la casa, pero yo no la he visto. Después de la boda emprendimos una luna de miel de varios meses para visitar los lugares donde él había trabajado como diplomático. —«Lugares que debería haber visto con él», pensó, pero no lo dijo. Hacía poco, Kit también le había presentado a gente que debería haber conocido durante los últimos más de cuarenta años—. En cuanto regresamos a Estados Unidos, Kit recibió una llamada de alguien de Washington y tuvo que marcharse, así que yo regresé a Summer Hill y he pasado la última noche en casa de una amiga. Una vez que usted y la joven Elise se hayan instalado en la propiedad de la doctora Hightower, he de ir al hogar que mi marido compró para nosotros. Se encuentra en el otro extremo de la finca.

Él la miró un momento, como si considerara esa información.

—¿No se supone que un novio debe cruzar el umbral de la nueva casa con la novia en brazos?

Si Olivia no se hubiera hecho esa pregunta habría reído, pero su desilusión era manifiesta. La primera vez que viera el interior de la casa quería estar con Kit. Entre otras cosas, el motivo de su prolongada luna de miel había sido reformar, pintar y amueblar el viejo edificio. Todos los días disfrutaban al ver las fotos que la decoradora y su equipo les enviaban. Habían comenzado eliminando las telarañas y los ratones, un mapache en el altillo y el cableado eléctrico de los años cuarenta. Pero por debajo de la mugre había bonitas vigas antiguas y un hogar de piedra, y enormes venta-

nas que daban a un bello estanque con una isla en el centro. ¡Todo sería perfecto!

Pero por más que disfrutaran viajando y comprando cosas para su nuevo hogar, hubo momentos en que Olivia se sumía en oleadas de un arrepentimiento tan profundo que se quedaba inmóvil. Hacía tanto tiempo que Kit y ella se conocían y deberían haber estado juntos... Ella debería conocer los mejores lugares para ir de compras en Estambul, debería haber aprendido a hablar árabe porque debería haber vivido con Kit cuando estaba destinado en Egipto. Debería...

Cuando contempló a Ray, que seguía sentado en silencio observándola, descubrió que la mirada de él casi resplandecía de curiosidad. Olivia tardó un instante en identificar esa expresión.

—Usted es vendedor, ¿verdad?

Ray soltó una carcajada y casi escupió el café, pero cogió una servilleta y se cubrió la boca.

—¿Qué me ha delatado?

—«Un aspecto flaco y hambriento» —dijo ella, citando a Shakespeare—. A ver, ¿qué es eso que pretende venderme?

—Quédese con nosotros.

—¿Qué quiere decir?

—Jeanne me envió aquí para darme tiempo para pensar. Cuando estoy trabajando en la ciudad o en casa con mi esposa Kathy, no puedo distanciarme y ver qué está ocurriendo. Según Jeanne, necesito pasar un tiempo lejos de todo eso para tomar lo que será la decisión más importante de mi vida. —Hizo una pausa—. Pero las cosas han cambiado. Creí que habría dos mujeres en la casa y que ellas podrían...

Olivia lo observó mientras él cogía una galleta y la comía lentamente.